

- ¡Donosa majadería! - respondió el comisario - ¡Bueno está el donaire con que ha salido a cabo de rato! ¡Los forzados del rey quiere que le dejemos, como si tuviéramos autoridad para soltarlo, o él la tuviera para mandámoslo! Váyase vuestra merced, señor, norabuena su camino adelante enderécese ese bacín que trae en la cabeza y no ande buscando tres pies al gato. - ¡Vos sois el gato y el rato y el bellaco! - respondió don Quijote.

Y, diciendo y haciendo, arremetió con él tan presto, que, sin que tuviese lugar de ponerse en defensa, dio con él en el suelo malherido de una lanzada; y avínole bien, que este era el de la escopeta. Las demás guardas quedaron atónitas y suspensas del no esperado acontecimiento, pero, volviendo sobre sí, pusieron mano a sus espadas los de a caballo, y los de a pie a sus dardos, y arremetieron a don Quijote, que con mucho sosiego los aguantaba y sin duda lo pasara mal, si los galeotes, viendo la ocasión que se les ofrecía de alcanzar la libertad, no la procuraran, procurando romper la cadena donde venían ensartados. Fue la revuelta de manera

que las guardas, ya por acudir a los galeotes que se destanzaban, ya por acometer a Don Quijote que acometía, no hicieron cosa que fuese de provecho.

Ayudó Sancho por su parte a la saltura de Gines de pasamontes que fue el primero que saltó en la campaña libre y desembravado, y arrepentido al comisario caído, le quitó la espada y la escopeta, con la cual apuntó a uno y señalando al otro sin dispararla jamás, no quedó guarda en todo el campo, porque se fueron huyendo, así de la escopeta de Pasamontes como de las muchas pedradas que los ya sueltos galeotes les tiraban.

Entristecióse mucho Sancho de este suceso, porque se le representó que los que habían huyendo habían de dar noticia del caso a la Santa hermandad, la cual a campaña herida saldrían a buscar allí se partiesen y se emboscasen en la sierra, que estaba cerca.

- Bien está eso - dijo Don Quijote -, que andaban alborotados y habían despojado al comisario hasta dejarle en cueros, se le pusieron todos a la redonda para ver lo que les mandaban, y

así les dijo:

- De gente bien nacida es agradecer las beneficios que reciben, y uno de las peccadas que más a Dios ofende es la ingratitude. Díqolo porque ya habéis recibido; en pago del cual querria y es mi voluntad que, cargados de esa cadena que quité de vuestras cuellias, luego os pongáis en camino y vais a la ciudad del Tobasco y allí os presentéis ante la señora Dolcinea del Tobasco y le digáis que su caballero, el de la triste Figura, se le envia a encomendar, y le contéis punto por punto todas las que ha tenido esta famosa aventura hasta ponerlos en la deseada libertad; y, de hecho esto, os podréis ir donde quisieredes, a la buena ventura.

Respondió por todas Gineís de Pasamonte y dijo:

- Lo que vuestra merced nos manda, señor y libertador nuestro, es imposible que toda imposibilidad cumplirlo, porque no podemos ir juntos por las caminos, sino solos y divididos, y cada uno por su

CAPÍTULO VIGÉSIMO SEGUNDO

parte, ~~pero~~ curando meterse en las entrañas de la tierra, por no ser hallado de la Santa Hermandad, que sin duda alguna ha de salir en nuestra busca. Lo que vuestra merced puede hacer y es justo que haga es mudar ese servicio y montaje de la señora Dulcinea del Toboso en alguna cantidad de avemarías y crechos, que nosotros diremos por la intención de vuestra merced, y ésta es cosa que se podrá cumplir de noche y de día, huyendo o reposando, en paz o en guerra; pero pensar que hemos de volver ahora a las allas de Egipto, digo, a tomar nuestra cadena y a ponernos en camino del Toboso, es pensar que es ahora de noche, que aún no son las diez del día, y es pedir a nosotras eso como pedir peras al olmo.

-Pues voto a tal -dijo don Quijote, ya puesto en cólera-, don hijo de la puta, don Ginesillo de Rosillos, o como os llaméis, que habéis de ir vos solo, rabo entre piernas, con toda la cadena a cuestas.

Pasamonte, que no era nada bien sufrido, estando ya enterado que don Quijote no era muy cuerdo, pues tal disparate había acometido como el de querer darles libertad, viéndose tratar de aquella manera, hizo del ojo a los compañeros, y, apartándose

## CAPÍTULO VIGÉSIMO SEGUNDO

5

aparte, Comenzaron a lllover tantas piedras sobre don Quijote, que no se daba manos a cubrirse con la rodela; y el pobre de Rocinante no hacía más caso de la espuela que si fuera hecho de bronce. Sancho se puso tras su asno y con él se defendía de la nube y pedrisco que sobre entambos llorva. No se pudo escudar tan bien don Quijote, que no le acertasen no sé cuántas guijarras en el cuerpo, con tanta fuerza, que dieron con él en el suelo; y apenas hubo caído, cuando fue sobre él el estudiante y le quitó la bacía de la cabeza y dióle con ella tres o cuatro golpes en las espaldas y otras tantas en la tierra, con que la hizo pedazos. Quitánrole una ropilla que traía sobre las armas, y las medias calzas le querían quitar, si las grebas no lo estorbaran. A Sancho le quitaron el gabán y, dejándole en pelota, repartiendo entre sí los demás despojos de la batalla, se fueron cada uno por su parte, con más cuidado de escaparse de la Hermandad que temían que de cargarse de la cadena e ir a presentarse ante la señora Dulcinea del Toboso.

Solos quedaron jumento y Rocinante, Sancho y don Quijote: el jumento, cabizbajo y pensativo, sacudiendo de cuando en cuando las orejas, pensando que aún no había cesado la borrasca de las piedras que le perseguían las oídas; Rocinante, tendido junto a su amo, que también vino al suelo de otra pedrada; Sancho, en pelota y temeroso de la Santa Hermandad; don Quijote, mohinísimo de verse tan malparado por las mismas a quien tanto bien había hecho.

6

Capítulo 24

# Capítulo XXIII

De lo que le aconteció al famoso Don Quijote en Sierra Morena, que fue una de las más raras aventuras que en esta verdadera historia se cuenta

Viéndose tan malparado don Quijote, dijo a su esadero :  
— Siempre, Sancho, lo he oído decir, que el hacer bien a villanos es echar agua en la mar. Si yo hubiera creído lo que me dijiste, yo hubiera excusado esta pesadumbre; pero ya está hecho: paciencia, y escarmentará vuestra merced para desde aquí adelante.

— Así escarmentará vuestra merced — respondió Sancho — como yo soy turco; pero, pues dice que si me hubiera creído se hubiera excusado este daño, créame ahora y excusará otro mayor, porque le voy a saber que con la Santa Hermandad no hay usar de caballeros, que no se te da a ella por cientos caballeros a cada uno dos maravedís, y sepa que ya me parece que sus saetas me zumban por los oídos.

— Naturalmente eres cabrante, Sancho — dijo don Quijote —, pero, porque no digas que soy conmutaz y que jamás voy a lo que me aconsejas, por esta vez quiero tomar tu consejo y apartarme de la furia que tanto tienes, mas ha de ser con una condición: que jamás en vida ni en muerte has de decir a nadie que yo me retiré

## CAPÍTULO VIGÉSIMO TERCERO

y aparté de este peligro de miedo sino por complacer a tus ruegos; que si otra cosa dijeras mentirás en ello y desde ahora para entouces y desde entouces para ahora te desmuento y digo que mientes y mentirás todas las veces que lo pensares o lo dijeres. Y no me repliques más, que en sólo pensar que me aparto y retiro de algún peligro, especialmente de este que parece que lleva algún es no es de sombra de miedo, estoy ya para quedarme y para aguardar aquí, solo, no solamente a la Santa Hermandad que dices y temes, sino a los hermanos de los doce tribus de Israel y a los siete Macabeos y a Cástor y a Pólux, y aun a todos los hermanos y hermandades que hay en el mundo.

- Señor - respondió Sancho - que el retirar no es huir, ni el esperar es cordura, cuando el peligro sobrepuja a la esperanza, y de sabios es guardarse hoy por mañana y no aventurarse todo en un día. Y sepa que, aunque zafio y villano, todavía se me alcanza algo de esto que llaman buen gobierno; así que no se arrepienta de haber tomado mi consejo, sino suba en Rocinante, si pueda, o si no yo le ayudaré, y sígame; que



## CAPÍTULO VIGÉSIMO TERCERO

(9)

El caletre me dice que hemos menester a hora más los pies que las manos.

Subió don Quijote sin replicarle más palabra y jurando sobre su asno, se entraron por una parte de Sierra Morena que allí junto estaba, llevando Sancho intención de atravesarla toda e ir a salir al Viso o a Almodóvar del Campo y encontraron algunos días por aquellas asperezas, por no ser hallados si la Hermandad los buscase. Aminoró a esto haber visto que de la resaca de los salteos se había escapado libre la despesa que sobre un asno venía, cosa que le volvió a milagro, según fue lo que llevaron y buscaron los salteos. Así como don Quijote entró por aquellas montañas, se le alegró el corazón pareciéndole a aquellos lugares acomodados por las aventuras que buscaba. Recordábasele a la memoria a los maravillosos caimientos que en semejantes soledades y asperezas habían sucedido a caballeros andantes. Iba pensando en ellas, tan embobado y transportado en ellas, que de ninguna otra se acordaba. Ni Sancho llevaba otro cuidado, después que le pareció que caminaba por parte segura, sino de satisfacer su estómago con los relieves que del despojo clerical habían quedado y, así, iba tras su amo, sentado a la mujeriega sobre su jumento, sacando de un costal y embolando en su panza y no solo decía por hella con aventura, entre tanto que iba de aquella manera,

un ardite.

En esto, abrió los ojos y vio que su amo estaba parado, procurando con la punta del lanzón alzar no sé qué bulto que estaba caído en el suelo, por lo cual se dio prisa a llegar a ayudarlo si fuese menester, y cuando llegó fue tiempo que alzaba con la punta del lanzón un cojín y una maleta asida a él, medio podridos, o podridos del todo, y deshechos; mas pesaba tanto, que fue necesario que Sancho se apease a tomarlos, y mandole su amo que viese ~~que~~ en la maleta venía.

Hízolo con mucha presteza Sancho, y, aunque la maleta venía cerrada con una cadena y su candado, por lo roto y podrido de ella vio lo que en ella había, que eran cuatro camisas de delgada Holanda y otras cosas de lienzo no menos curiosas que limpias, y en un pañuelo halló un buen montoncillo de escudos de oro; y así como los vio dijo:

— ¡ Bendito sea todo el cielo, que nos ha deparado una aventura que sea de provecho!

Y, buscando más, halló un librito de memoria ricamente guarnecido. Éste le pidió don Quijote, y mandole que guardase el dinero y lo tomase para él. Besole las manos Sancho por la merced y, desvalijando a la valija de su lencería, la puso en el costal de la despensa. Todo lo cual visto por don Quijote, dijo:

— ¡ Raréceme, Sancho, y no es posible que sea otra cosa, algún caminante descaminado debió de parar por esta sierra, y, saltándole mandrines, le debieron de matar y le trujeron a enterrar en esta tan

## CAPÍTULO VIGÉSIMO TERCERO

11

escondida parte.

- No puede ser eso - respondió Sancho -, porque si fueran ladrones no se dejarán aquí este dinero.

- Verdad dices - dijo Don Quijote -, y, así, no advino ni doy en lo que es lo pueda ser; mas esperate, veremos si en este libello de memoria hay alguna cosa escrita por donde podamos rastrear y venir en conocimiento de lo que buscamos.

Abríde, y lo primero que halló en él, escrito como en borrador, aunque de muy buena letra, fue un soneto, que, leyéndole alto, porque Sancho también lo oyese, vio que decía de esta manera:

O le falta al Amor conocimiento  
o le sobra crueldad, o no es mi pena  
igual a la ocasión que me condena  
al género más duro de tormento  
Pero, si Amor es dios, es argumento  
que nada ignora, y es razón muy buena  
que un dios no sea cruel. Pues ¿quién ordena  
el terrible dolor que adoro y siento?  
Si digo que sois vos, Fili, no acuerdo,  
que tanto mal en tanto bien no cabe  
ni me viene del cielo esta cura.

Presto habre de morir que es lo más cierto:  
que al mal de quien la causa no se sabe  
milagro es acertar la medicina.

Caracteres 21

## CAPÍTULO VIGÉSIMO TERCERO

- Por esa trova - dijo Sancho - no se puede saber nada, si ya no es que por ese hilo que está ahí se saque el ovillo de toda

- ¿Qué hilo está aquí? - dijo don Quijote.

- Parece - dijo Sancho - que vuestra merced nombra ahí hilo.

- No dije sino Fili - respondió don Quijote -, y éste sin duda es el nombre de la dama de quien se queja el autor de este soneto; y a fe que debe de ser razonable poeta, o yo ser poco del arte.

- Luego ¿también - dijo Sancho - se le entiende a vuestra merced de trovas?

- Y más de lo que tú piensas - respondió don Quijote -, y veraslo cuando lleves una carta, escrita en verso de arriba abajo, a mi señora Dulcinea del Toboso. Porque quiero que sepas, Sancho, que todos o los más caballeros andantes de la edad pasada eran grandes trovadores y grandes músicos, que estas dos habilidades, o gracias, por mejor decir, son anexas a los enamorados andantes. Verdad es que las coplas de los pasados caballeros tienen más de espíritu que de primor.

## CAPÍTULO VIGÉSIMO TERCERO

13

- Lea más vuestra merced - dijo Sancho -, que ya hallará algo que nos safatiga.

Volvió la hoja don Quijote y dijo:

- Esto es prosa y parece carta

- ¡Carta misiva, señor? - preguntó Sancho.

- En el principio no parece sino de amores - respondió don Quijote.

Y leyéndola alto, como Sancho se lo había rogado, vio que decía de esta manera

- Que me plazca - dijo don Quijote:

« Tu salsa promesa y mi cierta desventura me llevan a parte donde antes volverán a tus oídos las nuevas de mi muerte que las razones de mis quejas. Desecháste me, ¡oh ingrata!, por quien tiene más, no por quien vale más que yo; mas si la virtud fuera riqueza que se estimara, no envidiará yo dichas ajenas ni llorará desdichas propias. Lo que levantó tu hermosura han derribado tus obras: por ella entendí que eras ángel y por ellas conozco que eres mujer. Quédate en paz, causadora de mi guerra, y haga el cielo que los engaños de tu esposo estén siempre encubiertos, porque tú no quedes arrepentida de lo que hiciste y yo no tome venganza de lo que no deseo. »

Acabando de leer la carta, dijo don Quijote:

- Menos por ésta que por los versos se puede sacar más

de que quien la escribió es algún desdeñado amante.

Y hojeando casi todo el librito, halló otras versas y cortas, que algunas pudo leer y otras no; pero lo que todas contenían eran quejas, lamentos, desconfianzas, sabores y sinsabores, faoures y desdenes, solemnizadas las unas y lloradas las otras.

En tanto que Don Quijote pasaba el libro, pasaba soncho la maleta, sin dejar rincón en toda ella ni en el egón que no buscase, escudriñase e inquiriese, ni costura que no deshiciérese, ni uedija de lana que no escarmenase, porque no se quedase nada por diligencia ni mal recado: tal golosina habían despertado en él las halladas escudas, dio por bien empleadas los uuelos de la monta, el vomitor del brebaje, las bendiciones de las estacas, las puñadas del arriero, la falta de las alforjas, el robo del qabón, y puñadas del arriero, la falta de alforjas, el robo del qabón, y toda la hambre, sed y consorcio

que había pasado en servicio de su buen señor, pareciéndole que estaba más que rebien pagado con la merced recibida de la entrega del hallazgo.

Con gran deseo quedó el Caballero de la Triste Figura de saber quién fuese el dueño de la maleta, conjeturando por el soneto y carta, por el dinero en oro y por las tan buenas camisas, que debían de ser algún principal enamorado, a quien desdenes y malos tratamientos de su dama debían de haber conducido a algún desesperado término. Pero como aquel lugar inhóspito y escabroso no parecía alguna persona que quien poder informarse, no era de más que de pasar adelante, sin llevar otro camino que aquel horrible quería - que era por donde él podía caminar - siempre con imaginación que no podía faltar por aquellas malezas alguna extraña aventura.

Veudo, pues, con este pensamiento, vio que por cima por una montaña que adelante de los ojos se les ofrecía iba saltando un hombre de risco en risco y de mata en mata con extraña ligereza. Figúrasele que iba desnudo, la barba negra y espesa, los

CAPÍTULO VIGÉSIMO TERCERO

cabellos muchos y rabultados, los pies descalzos y las piernas sin cosa alguna; los muslos cubrían unos calzones, al parecer de terciopelo leonado, mas tan hechos pedazos, que por muchas partes se le descubrían las carnes. Traía la cabeza descubierta, y aunque pasó con la ligereza que se ha dicho, todas estas menudencias miró y notó el Caballero de la Triste Figura, y aunque lo procuró, no pudo seguirle, porque no era dado a la debilidad de Rocinante andar por aquellas asperezas, y más siendo él de suyo paricorto y flemático. Luego imaginó don Quijote que aquél era el dueño del cojín y de la maleta, y propuso en sí de buscarle, aunque supiese andar un año por aquellas montañas, hasta hallarle, y así mandó a Sancho que se apease del asno y atajase por la una parte de la montaña, que él iría por la otra, y podría (por la) ser que topasen con esta diligencia con aquel hombre que con tanta priesa se les había quitado de delante. - No podré hacer eso - Respondió Sancho -, porque en apartándome de vuestra merced, luego es conmigo el miedo, que me